

Hiper-masculinización, extractivismo y mujeres invisibles en la industria gomera boliviana (1880-1920)

Lorena Córdoba¹

Una industria masculinizada

Entre 1880 y 1920, el boom de la goma elástica reconfigura dramáticamente la Amazonía boliviana². La industria cauchera se expande de forma más paulatina y tardía que en el caso del vecino Brasil³. Sin embargo, esta tardanza relativa no impide que el auge gomero no sólo modifique la economía regional sino que, al mismo tiempo, transforme de forma crítica las relaciones interétnicas, las fronteras republicanas y hasta la propia forma en que la selva tropical pasa a ser concebida en el imaginario nacional e internacional⁴. Para comercializar la goma, las casas comerciales bolivianas deben servirse de parte de las mismas infraestructuras, redes comerciales, vías de comunicación e incluso fuerza de trabajo que hasta entonces se empleaban en la extracción de otro recurso natural: la quina o “cascarilla” (*Cinchona*). Suele escribirse, por tanto, que los últimos cascarilleros fueron los primeros siringueros, mostrando justamente la

1 Agradezco a Diego Villar y Hans Joachim Wirtz por la ayuda y los comentarios brindados a una primera versión de este texto, y a Paula Peña Hasbún e Isabelle Combès por la ayuda prestada en la búsqueda de documentación histórica sobre el Beni. Agradezco también a la familia Hecker Rojas de Riberalta por permitirme usar las fotografías que ilustran este trabajo.

Igualmente quisiera agradecer el material e información que me brindaron María Teresa ‘Teté’ Durán Aponte y familia, Lily Suárez y Verónica Zapata, las hermanas Judy, Carmen y Martha Lina Schwarm, Marrita y Ruber Carvalho Urey, Mossy Durán, Diego Trolliet y familia, monseñor Eugenio Coter y María Petrona Velasco Fong y familia.

2 Las fechas del inicio del auge (1880) y del fin (1920) para Bolivia son aproximativas, dado que en la actualidad no hay un acuerdo general al respecto entre los propios investigadores. Sin embargo, con un fin meramente expositivo, aquí tomamos el descubrimiento de la conexión entre los ríos Beni y Mamoré como hito disparador del auge de la industria gomera y, asimismo, para ubicar temporalmente su ocaso, optamos por un periodo crítico (1910-1920) que comprende tanto la inauguración del ferrocarril Madeira-Mamoré (1912) como asimismo las sucesivas bajas en el precio internacional de la goma durante las décadas siguientes.

3 Para el caso brasileño ver, por ejemplo, Weinstein 1983. Aquí asumimos provisionalmente como sinónimos los vocablos “caucho”, “goma” o “siringa” más allá de sus diferencias técnicas (por un lado tenemos el “caucho”, *Castilla elastica* o *Castilla ulei*, y por otro a la “goma elástica”, *Hevea brasiliensis* o *Hevea benthamiana*), o bien de las modalidades específicas de explotación extractiva en ambos casos (Fifer 1976; Barham y Coomes 1994: 45; Gamarra 2018 [2007]; Vallvé 2010; Córdoba 2015a).

4 Córdoba 2015a, 2018, 2019.

continuidad de la agenda extractiva. Por citar un caso, veamos el testimonio del fraile franciscano Jesualdo Maccheti:

Siringa: así llaman acá a la goma elástica, la principal industria de este río Madera. *Por todas partes se ven barracas en las orillas de este río: la mayor parte son de bolivianos que se ocupan de este precioso vegetal; así como las quebradas y torrentes de Bolivia, fuentes de este río gigante, están pobladas de miles de cascarilleros, que con grandes penalidades y fatigas inauditas extraen de las más escarpadas serranías aquella cáscara febrífuga para alivio de la humanidad de todo el globo: así también, estos siringueros con menos trabajo sacan la blanca leche de estos árboles producidos por la naturaleza en estas riberas, para obras útiles y aun de lujo para hombres y mujeres*⁵.

En Bolivia, el extractivismo gomero adquiere pujanza cuando, en 1880, el médico y explorador norteamericano Edwin Heath descubre la conexión entre los ríos Beni y Mamoré, que inaugura una nueva y más fluida vía de exportación fluvial hacia los principales puertos de Brasil (Belém do Pará y Manaos), desde donde el producto puede embarcarse finalmente hacia Europa y los Estados Unidos. La producción gomífera se propaga entonces mucho más rápidamente que antes, aprovechando la profusa red de los ríos y afluentes de la cuenca amazónica: Purús, Iténez, Madre de Dios, Tahuamanu, Abuná, Acre, Orthon, etc.⁶. En términos sociológicos, ese auge vertiginoso implica que la extracción de goma requiera de una enorme cantidad de mano de obra para abastecer la demanda creciente de los mercados internacionales, lo que pronto genera masivas oleadas migratorias dentro de la misma Bolivia (andinos y cruceños), y a la vez la aparición casi simultánea de trabajadores europeos calificados contratados por las firmas comerciales, así como también de una progresiva inserción de las poblaciones indígenas locales en la nueva economía regional. Se trata, al mismo tiempo, del momento pionero de la fundación de ciudades, de la navegación a vapor, de las exploraciones hidrográficas, del cartografiado de una región hasta entonces desconocida. Y el resultado final de toda esa vorágine es que, al cabo de pocos años, a lo largo y ancho de toda la región amazónica circulan historias fantásticas de fortunas hechas de la noche a la mañana y lujos casi obscenos en la selva profunda.

Sin embargo, al repasar la literatura que registra esta efervescencia, es imposible dejar de advertir que las fuentes históricas nos presentan una selva, una industria

5 Maccheti 1886: 53, resaltado nuestro. Para mayor información sobre la explotación de la quina, ver Fifer 1976 o Roca 2001.

6 Ballivián y Pinilla 1912; Weinstein 1983.

extractiva y una realidad hiper-masculinizadas, y que al hacerlo nos informan poco o nada acerca de las mujeres –europeas, criollas, mestizas o indígenas– que, por distintas razones, también se involucran en la maquinaria gomera⁷. En efecto, el escenario pionero que evocan las plumas célebres de Nicolás Armentia, José Manuel Pando, Manuel Ballivián, Edwin Heath, Franz Keller o Luigi Balzan trazan una imagen canónica: el hombre civilizado que sostiene la bandera del progreso en su lucha solitaria contra la naturaleza hostil e ingresa a la selva para domesticarla, así como también para socializar a sus habitantes –que, vale decir, en esta clave narrativa no son considerados como ciudadanos con plenos derechos–. De esta forma, las hazañas masculinas llenan páginas y páginas de crónicas de gestas patrióticas y civilizatorias de los viajeros, exploradores y aventureros que trazan los mapas, levantan la cartografía regional y, poco a poco, pasando por grandes peligros, abren los caminos del progreso en esa parte olvidada de Bolivia⁸.

En estas crónicas, la mujer cauchera es dejada de lado o a lo sumo es presentada como una actriz menor, transparente, casi invisible. Cuando no es disimulada, relegada u olvidada, la narrativa cauchera canónica la caracteriza en todo caso de forma lateral, oblicua, indirecta, sin consignar, por lo general, siquiera su nombre propio. De la misma forma, si se observan las fotografías de la época, la mujer ni siquiera suele ser nombrada en los epígrafes o solamente aparece referida como “la señora X”, casi siempre al fondo, al costado o al margen de la acción, diluida en el fondo de la barraca cauchera o casi tragada por la propia selva.

Analicemos un ejemplo significativo. Un testigo confiable como el viajero italiano Luigi Balzan, que recorre la región amazónica boliviana entre 1892 y 1894 e incluso publica varios escritos científicos al respecto en el *Boletín de la Sociedad Geográfica Italiana*, anota al rememorar sus viajes:

Los habitantes civilizados de Reyes son generalmente ociosos. Los hombres, o son gomeros que vienen por algún negocio y pasan el tiempo en dar vueltas de casa en casa a menudo emborrachándose; o están establecidos en el pueblo como estancieros y entonces se abandonan completamente al ocio, al aguardiente, al juego y hasta las peleas de gallos. *Las mujeres, en general, se dedican al pequeño comercio, venden azúcar, manteca, alguna vez pan y velas que fabrican ellas mismas sumergiendo varias veces en el cebo la mecha de algodón*⁹.

7 Córdoba 2024.

8 Ver, por ejemplo, Church (ed.) 1875; Keller 1875; Heath 1882; Armentia 1883, 1885, 1890; Balzan 2008 [1885-1893]; Pando 1897, o Ballivián y Pinilla 1912.

9 Balzan 2008 [1885-1893]: 173, resaltado nuestro.

Se trata, por tanto, de un testimonio poco frecuente, porque es claro que Balzan no soslaya la presencia de las mujeres. No obstante, aun así, agrega: “Al citar las barracas, di siempre el número de hombres que trabajan en las estradas; sin embargo, para calcular aproximadamente la población, es necesario duplicar este número para incluir las mujeres, los empleados, etc.”¹⁰.

O sea que, incluso para un observador lúcido como el naturalista italiano, los hombres se contabilizan –al ser protagonistas tangibles, mensurables y al fin y al cabo esenciales del proceso colonizador– pero a las mujeres, como a los empleados anónimos, basta con deducirlas. Más allá de cómo quiera interpretarse la anécdota, lo cierto es que esta pequeña muestra nos basta para sugerir es preciso refinar la reconstrucción del entramado sociológico de la industria cauchera a través de una relectura de las fuentes históricas, y enfocar, por primera vez, la atención sobre las mujeres que de una u otra forma participaron de ella.

Extractivismo en femenino

La contribución criolla e indígena a la industria gomera boliviana está relativamente bien documentada en una serie considerable de estudios contemporáneos¹¹. Sin embargo, la mayoría de las veces persiste el sesgo de género que aquí procuramos analizar. En efecto, se trate de relatos de viajeros, exploradores, militares, naturalistas, industriales, políticos o hasta los propios misioneros que recorrieron y ayudaron a trazar la geografía de la región amazónica, las fuentes nos presentan un escenario en el que la mujer no suele aparecer o, cuando sí es mencionada, lo es de forma más bien lateral. Así, por ejemplo, el testimonio del médico boliviano Elías Sagárnaga nos ofrece una visión parcial del funcionamiento cotidiano de la maquinaria gomera:

En Rurrenabaque volvimos a palpar la esclavitud, bajo una forma original, como decía el ministro señor Montes, *la del crédito, comprendiendo a mujeres y peones, a quienes los barraqueros les dan cuanto piden en mercaderías y a precios increíbles*, disponiendo de esa manera de su vida y de su persona a su antojo, no pudiendo ellos fugarse, porque se les persigue y cuando son hallados, los gastos ocasionados por la persecución redoblan la cuenta, a más de ser horriblemente flagelados. Se conforman pues esos pobres seres

10 Balzan 2008 [1885-1893]: 219.

11 Ver, por ejemplo, Fifer 1970; García Jordán 2001; Roca 2001; Gamarra 2018 [2007]; Vallvé 2010; Guiteras Mombiola 2012; Van Valen 2013; Córdoba 2015a, 2015b, 2024; Guiteras Mombiola y Córdoba 2021.

en trabajar toda su vida al lado del amo, cancelándose sus cuentas solo con la muerte¹².

Entonces, es posible encontrar testimonios que comienzan a sugerir que, contradiciendo aquella lectura canónica, las mujeres sí participan en los diversos niveles organizativos de la industria. En primer lugar de la industria gomera, encontramos a las grandes firmas comerciales dedicadas a la importación y exportación del producto como la Casa Suárez, Vaca Díez, Roca, Braillard & Co. o Velasco & Henicke. Estas firmas desempeñan el mismo papel regional que las casas *aviadoras* de Brasil: adelantan mercadería o dinero en efectivo a los productores a cambio de un compromiso de provisión de goma elástica y, si creemos a Sagárnaga, no hacen distinción entre hombres y mujeres a la hora de la deuda. En segundo lugar, tenemos a los pequeños patrones que cuentan con sus propias barracas y personal pero no disponen de capital propio, por lo cual deben recurrir al mismo sistema de “habilito” que los trabajadores rasos y las siringeras, o también las esposas e hijas de los obreros. En tercer término, tenemos a los llamados “fregueses” que no tienen tierra ni capital pero sí algún personal a cargo, como por ejemplo los inquilinos de barracas pertenecientes a terceros, y que entonces participan igualmente del sistema de adelanto de mercaderías por goma. Finalmente, encontramos a los peones contratados, que trabajan para un patrón por un sueldo fijo, o bien a aquellos siringeros que a su vez lo hacen para saldar la deuda contraída en mercaderías¹³. En cada uno de esos niveles de complejidad de la cadena organizativa, se va conformando progresivamente una fuerza de trabajo cada vez más heterogénea, compuesta por población mestiza, por migrantes nacionales y hasta extranjeros, y también, cada vez más, por miembros de las poblaciones indígenas: cavineños, araonas, caripunás, trinitarios, mojeños, baures, movimas, etc. Sin embargo, pese a lo que suele creerse, las relaciones entre los agentes caucheros y todos estas parcialidades no fueron siempre iguales, ni todos los grupos étnicos reaccionaron de la misma manera ante el avance aparentemente inexorable de la explotación extractiva¹⁴.

Lo que aquí nos interesa rescatar son los diversos oficios que necesitaba la industria para sostenerse y que casi siempre eran llevados a cabo por mujeres: lavanderas, hilanderas, parteras, aguateras, cocineras, etc. La mayoría de los testimonios que permiten asomar algo de la figura de la mujer cauchera suelen, como dijimos, escatimar a la vez detalles concretos acerca de su identidad personal y por tanto, con algunas excepciones, el rasgo más llamativo de la caracterización

12 Sagárnaga 1909: 39, resaltado nuestro.

13 Stoian 2005; Vallvé 2010.

14 Córdoba 2015b; Guiteras Mombiola y Córdoba 2021.

femenina es el anonimato completo o parcial. Las mujeres caucheras, así, aparecen mencionadas como “la esposa de” Fulano o “la compañera” de Mengano. Así, por ejemplo, el escritor Juan Bautista Coímbra nos describe de forma pintoresca a estas mujeres anónimas: “las mujeres, casi desnudas, diariamente lavadas, el pelo aceitado y aromado con balsamina y esencias del monte, crecían robustas y esquivas, rematadamente montaraces. Trabajaban en todo y no temían a nada. Agarraban los sapos de una pata y aplastaban con el talón a las tarántulas”¹⁵.

Delante de las barracas, agrega Franz Ritz, estas mujeres de los siringueros solían cocinar en cuclillas al aire libre alrededor del fuego, con sus niños más pequeños en la espalda o bien en el pecho. Por su parte, las lavanderas se reúnen agachadas en el río con el agua hasta la cintura para hacer la “gran colada”, rodeadas por las prendas lavadas que ponen a secar en el suelo y los arbustos cercanos:

Como es usual entre las lavanderas, también las representantes cobrizas del gremio charlaban y reían animadamente. Por debajo de las pestañas negras disparaban miradas furtivas a nosotros, los recién llegados. Nos acercamos a las mujeres. Inmediatamente se cubrían el torso desnudo, lo que no habían hecho antes cuando pasaron otros indígenas o también un empleado blanco de mayor edad. En la tarde nos presentaron a la mujer de un *mayordomo*. La dama de piel roja nos recibió con mucha amabilidad. Una vez que se había puesto rápidamente un bello *tipoy* (vestido similar a una camisa), nos ofreció una taza de café. Con mucho alboroto se correteaba a niños, perros, gallinas y un joven chanco de monte fuera del pequeño “salón”¹⁶.

15 Coímbra 2016 [1946]: 138.

16 Ritz 2015 [1934]: 82-83.



Fig. 18. Patio de la Casa Suárez con bolachas de goma en Cobija, Alto Acre, 11 de enero de 1912

(Foto de Ernst Ule, colección Legado Eduard Seler, Instituto Iberoamericano, Berlín)

Guías, traductoras, exploradoras

La vertiginosa expansión económica de la goma hace que, además de la migración masiva, se produzca en la región amazónica una suerte de explosión fundacional de poblados, fortines, misiones, aduanas, barracas y puertos. Paralelamente a la aprobación de las leyes que regulan la colonización del territorio, se concreta por fin el proyecto nacionalista de poblar un espacio casi desconocido de la república, cuyo paso previo ha sido una serie de exploraciones, expediciones cartográficas y prospecciones hidrográficas destinadas a describir y conocer lo que hasta entonces por lo general era despreciado como un universo desierto, inhóspito y salvaje. En este contexto, a la vez, resulta vital mejorar o crear una infraestructura de comunicaciones más moderna y eficiente, con caminos confiables, ferrocarriles y navegación de vapor¹⁷. Y también, por supuesto, ubicar las tierras potencialmente ricas en recursos naturales.

17 Roca 2001; García Jordán 2001; Guiteras Mombiola 2012; Villar 2020.

Sin embargo, seguramente no nos sorprenderá que, en las crónicas que reconstruyen la memoria de ese escenario de las exploraciones colonizadoras, la mujer también suele ser dejada de lado. Encontramos, por un lado, expediciones en busca de nuevas tierras con árboles de goma organizadas por su cuenta de caucheros como Timoteo Mariaca y Víctor Mercier, cuyos resultados publican detallando las rutas, los peligros y los ríos de la región¹⁸. Muchas de las comitivas que buscan documentar el potencial económico de la selva amazónica son seculares, como las de José Manuel Pando, que en 1892 emprende la exploración del río Beni y su confluencia con el Madre de Dios a fin de formar una “colonia industrial”. Otras expediciones, en cambio, son emprendidas por religiosos como fray Nicolás Armentia, misionero franciscano del Colegio de Propaganda Fide de La Paz que, durante el mismo lapso temporal, recorre exhaustivamente los ríos Beni, Madre de Dios, Orthon, Tahuamanu y Manuripi. Sin dejar de lado la estrategia republicana de demarcación limítrofe, el sagaz franciscano aprovecha la oportunidad de obtener información de primera mano sobre la hidrografía, la flora y la fauna locales, y asimismo sobre las diversas tribus indígenas que habitan la región. Las expediciones de Armentia cuentan con el patrocinio económico del gobierno boliviano, así como también con la logística en el terreno prestada por diversos actores caucheros: Antenor Vázquez, los hermanos Suárez, Antonio Vaca Díez, etc.¹⁹.

Pero, una vez más, lo que nos interesa rescatar de todas esas expediciones es el papel (frecuentemente olvidado) que asumían las mujeres en ellas. El primer caso que podríamos mencionar es el relato que publica el propio Mariaca cuando explora la selva del norte boliviano para la Casa Richter. Mariaca parte de Irupana en compañía de Luis von Atcken, Juan Salvatierra y dieciséis mozos más, y desembarca en San Buenaventura. A primera vista no parece que hubiera mujeres en la expedición; pero, sin embargo, luego de una terrible inundación, él mismo anota que manda a una delegación de cuatro muchachos araonas y dos mujeres cavineñas al Alto Abuná, a fin de contactar a otras tribus indígenas que los podrían aprovisionar de alimentos²⁰. También consigna que, en la comitiva que parte hacia Acre, al mando del coronel brasileño Antonio Labre acompañado por su propio socio Víctor Mercier, marchan asimismo como cargadores ayudantes Capa, Manuela Quiñay y Juana Bautista Coamiri²¹. En noviembre de 1887, asimismo, escribe que, cuando Mercier regresa de Acre tras explorar los afluentes del Abuná, entre su comitiva figuran los acompañantes: “Santos Cortez, Anastacio Racua, Epifanio

18 Pando 1897: 25; Mariaca 1987 [1909]; Mercier 1981 [1894], respectivamente.

19 Villar 2020.

20 Mariaca 1987 [1909]: 12.

21 Mariaca 1987 [1909]: 20.

Quino, Gregorio Chapunari, Francisco Dura, Enrique Cano (los dos últimos eran bárbaros) y *de las mujeres Tomasa Inje, Eloisa Quiñajati, Candelaria Ticatu y María Sava*²².

Un segundo ejemplo que pone de manifiesto la presencia femenina en las exploraciones son los prolíferos escritos del mencionado fray Armentia, quien con su acostumbrada exhaustividad sí suele consignar los nombres de sus guías y acompañantes²³. Armentia recorre durante casi diez años la mayoría de los ríos del norte boliviano, dejando trazada gran parte de la hidrografía local y a la vez recopilada una valiosa información sobre la lingüística y la cultura de las sociedades indígenas. Así, entre 1881 y 1886, recorre los ríos Madre de Dios, Beni, Orthon, Madidi, Madera y Mamoré, mientras diversas instituciones y conocidos financian la publicación de sus hallazgos.

En estos viajes, vuelven a aparecer las mujeres. En la misión de Cavinás conoce a otro franciscano, el padre Ciuret, quien le presenta a una indígena pacaguara del Madre de Dios, María Manabi, que tiene parientes en Mamorebey sobre el río Beni, y se ofrece para hacer de intérprete y de guía de Armentia²⁴. En otro viaje que realiza a ese poblado, Armentia lleva como guías a Francisco Divico y a otra mujer, la pacaguara Arabi, dado que María ha muerto ya de fiebre en la selva²⁵. Arabi deja a su hijo de seis años a cargo de Avelina Guardia, la mujer del cauchero Antenor Vázquez, para seguir al fraile en su viaje. Arabi termina siendo una de las principales informantes a la hora de compilar la información de los vocabularios indígenas, y el propio religioso consigna que ella lo ayudó a documentar casi doscientas palabras en la lengua pacaguara. En otro pasaje de sus diarios, asimismo, anota que emplea a otra indígena pacaguara llamada Ini, la hermana de Arabi, que para entonces también ha muerto de malaria en el río Beni. La pobre Ini, como sus antecesoras, queda al borde de la muerte y de hecho pierde a un hijo pequeño al regresar a buscar en la selva los manuscritos lingüísticos que Armentia había extraviado en una expedición anterior: “la infeliz lo enterró sola, cavando la tierra con las manos, ayudada de algún palito, pues carecía de todo”²⁶.

El papel de las mujeres indígenas como baqueanas, lenguaraces o guías en las expediciones no es entonces algo inédito sino que incluso se replica a lo largo de los diferentes viajes y exploraciones que en esa misma época recorren

22 Mariaca 1987 [1909]: 23, resaltado nuestro.

23 Villar 2022.

24 Armentia 1883: 20.

25 Armentia 1883: 40.

26 Armentia 1883: 73.

otros rincones desconocidos del país²⁷. Con la guerra del Acre (1899-1903), por ejemplo, llegan por primera vez al Beni y a las crónicas amazónicas las “raboras” que acompañan al ejército boliviano. Así, Josef Feichtner escribe en su diario que, a mediados de 1898, llega desde La Paz el primer batallón de infantería en vísperas del conflicto y junto a los soldados hay un séquito de mujeres que eran “verdaderos animales de trabajo”. Encargadas de lavar, remendar y cocinar para los militares, esas mujeres mantenían siempre en orden las armas y los uniformes; pero no sólo eso, ya que –si hemos de creer las observaciones del alemán– incluso llegaban a aprovisionar a las tropas en pleno combate: “armaban el campamento y durante las luchas llevaban la munición de reserva hasta la línea de fuego. Conocí un caso en que una de esas raboras llevó munición hasta su grupo bajo una intensa lluvia de tiros habiendo recibido una medalla por su coraje –y con razón”²⁸–.



Fig. 19. Pacahuaras

(Colección Richard Wegner, Deutsche Fotothek, Dresden)

²⁷ Podríamos mencionar a las llamadas “raboras” de las expediciones colonizadoras al Chaco boreal. Ver la contribución de Isabelle Combès en este volumen.

²⁸ Feichtner 2013 [1897-1915]: 49.

El factor sexual

En las barracas gomeras la gran mayoría de las mujeres son criollas, mestizas o indígenas. Emulando a San Jerónimo, el viajero español Ciro Bayo las llama “esposas sin boda” y, en efecto, suelen aparecer calificadas en las fuentes del período como “amantes”, “mancebas”, “queridas”, “*bushwives*” o hasta “odaliscas del barraquero”, de las cuales se deplora que vivan “en la degradación pagana”:

La población del Madre de Dios no pasa de 2500 almas, incluyendo los salvajes reducidos [...] El hogar propiamente cristiano no existe, y el sentimiento de moralidad está casi perdido entre la gente común. La mujer está en la degradación pagana. Suelen traerlas de los pueblos de Santa Cruz y Mojos y distribuirlas a los peones que no las tienen, como cualquier mercadería. Algunas mujeres salvajes recientemente traídas de sus aduares han merecido también esta honrosa distinción²⁹.

Como para no dudar de la representatividad de este tipo de informaciones, el coronel británico Percy Fawcett nos ofrece otro testimonio notable:

El administrador de la barraca Santa Rosa era un francés, de buena familia, que se consolaba de la monotonía de la vida con su harén de cuatro hermosas indias (...) nos detuvimos en la barraca de un indio tumupasa llamado Medina, que había hecho fortuna con el caucho. En este lugar inmundo Medina tenía una hija que era una de las indias rubias más hermosas que he visto: alta, de rasgos delicados, pequeñas manos y cabello rubio y sedoso. Suficientemente hermosa como para adornar una corte real, esa niña espléndida estaba destinada al harén del administrador de Santa Rosa, languideciendo como quinto miembro del serrallo del emprendedor francés³⁰.

De forma similar, Bayo rememora el “harén” de su empleador ocasional, el célebre cauchero Nicanor Salvatierra: “era viudo, pero tenía tantas mujeres como doncellas hermosas iba criando la colonia, no de las hijas de los colonos cruceños, sino de las indiecitas que picaban la goma. Toda niña araña núbil y hermosa, pertenecía, por derecho de pernada, al señor de la barraca”³¹.

²⁹ Paz 1895: 57.

³⁰ Fawcett 1954: 135.

³¹ Bayo 1927: 301. En el Putumayo peruano, el comerciante británico Joseph Woodroffe también registra este tipo de trato cuando evoca una habitación llamada “El convento”, en la que duermen únicamente las concubinas de los trabajadores gomeros: “naturalmente, estos

Podemos comprobar, entonces, la relación problemática que muchas veces establece el patrón o dueño de la barraca con las mujeres indígenas que trabajan para él o, incluso, con las hijas de los peones indígenas o hasta de los trabajadores criollos. Hay que señalar, además, que esas relaciones no sólo se comprueban en el caso de personajes con tendencias delictivas o individuos particularmente inmorales, sino que, en mayor o menor grado, son compartidas a lo largo y a lo ancho del extenso universo gomero. Al igual que muchos otros cronistas, Fawcett se preocupa por aclarar que el empresario francés del caso que relata proviene de una buena familia: es de hecho un ciudadano respetado, como tantos otros, que sin embargo aprovecha la relativa impunidad que le brinda la marginalidad de las barracas caucheras para mantener amantes, esposas de monte o concubinas sin atisbo de vergüenza o condena social.

Gran parte de esas mujeres barraqueras no sólo son presentadas como “la mujer de” sino que, como adelantamos, la mayoría de las veces los documentos disponibles no conservan sus nombres ni menos aún su apellido. Esto no sólo sucede en virtud de cierto sesgo patriarcal, sino también, fundamentalmente, por tratarse de uniones caracterizadas como “morganáticas”; es decir, de relaciones en las cuales la mujer ostenta una posición social inferior a la del hombre—lo cual, por tanto, vuelve más viable (o al menos conveniente) dicha invisibilización—. Veamos, a modo de ejemplo, una entrada del diario del ingeniero Neville Craig: “sabíamos que Arauz tenía a su mujer en Caldeirão do Inferno, porque la mano de ella era evidente en los pequeños detalles de nuestra estadía; pero nunca la vimos. La esposa de Mercado estaba con él en San Antonio, donde construyó una casa. La esposa de Oyola estaba ausente en un viaje largo y tedioso para visitar amigos y conseguir peones”³².

Hay, sin embargo, otros observadores que sí registran con mayor detalle no sólo los nombres de las mujeres barraqueras sino también la propia rutina de su experiencia cotidiana. Uno de ellos es Ernst Leutenegger. De origen suizo, Leutenegger trabaja para la empresa Suárez durante varios años, se asienta en

arreglos rara vez se basan sobre un auténtico afecto mutuo ni buscan una domesticidad genuina. Muy raramente se consulta a la mujer por sus deseos, y se le ordena ir a las instalaciones del hombre que tiene permiso para tomarla. Se desprende fácilmente de ello que la joven indígena, si comete alguna falta, tenga poco respeto por su amo, pero un miedo muy real por su látigo” (1914: 137-138). El propio Roger Casement reporta el caso contemporáneo de un capataz en La Chorrera: “le dieron nueve mujeres diferentes como ‘esposas’ en momentos diferentes en las varias estaciones en las que sirvió. Cuando un empleado ‘casado’ de esta manera dejaba la estación en la que estaba trabajando para ser transferido a otro distrito, a veces se le permitía llevar a su esposa india, pero a menudo no” (Roger Casement, 31 de enero de 1911, cit. en el Libro Azul Británico 2012: 60).

32 Craig 1907: 252.

Cachuela Esperanza e incluso se casa posteriormente con una de las hijas de Nicolás Suárez, con la cual adopta a una niña para luego separarse y migrar en soledad a Europa³³. Allí escribe un libro sobre sus aventuras bolivianas, y en un momento escribe:

Mi lavandera se llamaba Rosalía. Lavaba bien la ropa y nunca exigía demasiado de mí. Era alta y esbelta. Años antes, su marido la había golpeado así que ya no tenía dientes delanteros. No sólo lavaba mi ropa, sino que yo también la cortejaba [...] Un día Rosalía lloraba tanto que me partía el corazón. Le pregunté el motivo y dijo que la mandarían como cocinera a Villa Bella. Monté en cólera; un cuarto de hora después hablé con mi jefe y, al día siguiente, me transfirieron las deudas de Rosalía: ahora ella era libre y me pertenecía³⁴.

Incluso para un observador tan lúcido como él, que suele brindarnos nombres, características y acciones de varios personajes femeninos, hay en el testimonio cierta dosis de paradoja, pues reconoce que Rosalía “ahora es libre” porque él compró su deuda y, por lo tanto, le pertenece. Otro de los personajes más impactantes de su crónica es una mujer indígena:

Ulmer convivía con una indígena alta y guapa que había hecho traer del río Iténez. Se llamaba Espíritu y, como amante del jefe, reinaba de manera absoluta sobre la población de Cachuela Esperanza. Los europeos se sacaban el sombrero delante de ella y sonreían con sumisión. Reinaba en Cachuela como Madame de Pompadour lo hizo en la corte francesa³⁵.

Otro ejemplo de la misma región –si bien el marido no trabaja directamente en el caucho– es el del explorador francés Eugene Robuchon, que en uno de sus viajes toma una esposa cavineña en el río Inambari: María Margarita Hortensia Guamiri³⁶. Los informes de la época consignan el bautismo, la comunión y el posterior traslado a Poitiers de la exótica esposa, así como también las referencias al matrimonio en la prensa francesa que cubre las conferencias científicas del viajero:

33 Córdoba 2015a: 30-41.

34 Leutenegger 2015 [1940]: 241.

35 Leutenegger 2015 [1940]: 240-241.

36 Para una historia más completa de María Margarita Hortensia Guamiri, ver la introducción de Juan Álvaro Echeverri a la crónica amazónica de Robuchon 2010 [1907].

Ella se mostró tan inteligente y dedicada que M. Robuchon no dudó en hacerla su compañera para el resto de su vida, casándose con ella [...] Nos ha parecido grande y fuerte; no está desprovista de gracia en su traje europeo y, si bien sus rasgos difieren un poco de los de la raza caucásica, su figura trasluce bondad y no carece de encanto³⁷.

Algo similar refiere Fawcett cuando describe la historia de un comerciante alemán que protagoniza una suerte de Pigmalión amazónico:

El propietario de un floreciente negocio en Riberalta, un alemán, adquirió una joven salvaje, la educó en Alemania y se casó con ella. Varias veces tomé el té con ellos, y no sólo la encontré encantadora, sino también de muy buenos modales. Hablaba cuatro idiomas, se había adaptado perfectamente a su posición y era madre de una familia agradabilísima³⁸.

A la hora de describir las diversas modalidades de existencia de las mujeres caucheras, podríamos por fin incluir a la categoría específica de las prostitutas, que no siempre son mencionadas en los documentos. El mismo Ritz recuerda en su diario que en Belém do Pará abundaban las “amigas”:

Pero uno las consigue igualmente sin necesidad de guía, ya que se ofrecen sobradamente por sí mismas. Las más graciosas son los ejemplares negros que se echan polvos de tocador blanco y adquieren así un color ceniciento. Se visten bastante bien y a menudo con elegancia, en la cual los marcados encajes quebrados tienen un gran papel. En el pelo lanoso por encima de las orejas y en los exuberantes pechos se ponen una orquídea u otra flor, de ser posible blanca o roja. Los colores de los vestidos raras veces son subidos de tono. Prefieren colores intermedios como rosa, verde claro, violeta y celeste. Todo este colorido compone un lindo paisaje urbano³⁹.

37 Robuchon 2010 [1907]: 30-40, 174. La elección de esta muchacha cavineña como esposa parece coincidir con ciertos criterios étnicos y sociales muy difundidos en la época (Córdoba 2015b: 194-196). Así, en el mismo sentido, podrían leerse las descripciones de las indígenas baures (“modelos de estatuas de terracota flexible”): “Son más felices: nunca falta un ‘gringo’ que las rescate y las trate bien; casi todos los extranjeros que viven en las regiones del Norte y Noroeste de Bolivia, [las] tienen por ‘compañeras’” (del Castillo 1929: 177).

38 Fawcett 1954: 94.

39 Ritz 2015 [1934]: 50-51

Sin destacar tanto como en los grandes emporios gomeros como Pará o Manaos –donde según los testigos abundaban las coristas polacas judías, los burdeles flotantes, las tinas llenas de champagne y el pago en libras esterlinas, oro y diamantes–, hay asimismo noticias esporádicas sobre las meretrices bolivianas de tiempos del caucho, llamadas “indias horizontales” por Ciro Bayo, quien observa además que adornan los collares con las libras esterlinas que reciben de los clientes: “las únicas esterlinas que aquí se ven las llevan algunas indias horizontales en sus collaretes, lo que no significa abundancia del rico metal, sino que éste es tan caro que se lo emplea como adorno y dádiva de amante”⁴⁰.



Fig. 20. Mujeres de la región de la bahía del río Madeira
(Fotografía de Emil Bauler, 1908-1911, archivo privado Wolfgang Wiggers, Alemania)

⁴⁰ Bayo 1911: 281; cf. Woodroffe 1914: 15. Aunque no asocia directamente el dato con la prostitución, otro observador describe los mismos adornos femeninos en un carnaval de 1899: “todos con trajes muy blancos, y las mujeres de ascendencia española, mestizas e indígenas con sus respectivos trajes. Algunas de las indígenas llevaban un collar de libras inglesas engarzadas alternativamente con auténticas perlas de oro” (Feichtner 2013 [1897-1915]: 43).

Enganchadoras y enganchadas

Al revisar la información documental en los archivos bolivianos podemos encontrar ejemplos –aquí publicados por primera vez– de contratos que comprueban que las mujeres también eran “enganchadas” para ir a la ciudad de Riberalta o a los “ríos adyacentes”. Por ejemplo, encontramos un contrato firmado en Santa Cruz de la Sierra en 1898 que vincula a un enganchador cruceño, José Neiva, con María Manuela Salvatierra, que declara ser mayor de edad, estar casada, y ser de oficio cocinera. Con “libre y espontánea voluntad y con autorización de [su] esposo”, María Manuela firma contrato entonces para viajar al Beni como cocinera por el lapso de un año, por el cual recibirá una retribución mensual de 10 bolivianos más los gastos de traslados ida y vuelta, medicamentos y alimentación. La fórmula contractual también estipula que la trabajadora no podría ser cedida a otro patrón para saldar deudas, por más que a la vez sabemos por abundantes relatos que esa práctica era común en el Oriente y que un picador podía pasar hasta dos o tres veces por diferentes patrones en calidad de “pago de deudas”. Nada dice el contrato sobre el marido de María Manuela: si viajará con ella o no. Sólo aclara que ella cuenta con su venia para sellar el presente contrato.

[En el margen: 1898] Yo María Manuela Salvatierra mayor de edad, casada, de oficio cocinera vecina de esta, *de mi libre y espontánea voluntad y con autorización de mi esposo*, me comprometo con el Sr. José Neiva en calidad de enganchada a prestarle mis servicios, en calidad de cocinera o cualquier otro trabajo entre este departamento y el pueblo de Ribera-Alta [Riberalta] y sus ríos adyacentes, por el término forzoso de un año a contar desde la fecha de firmado este contrato, y por cuyo servicio me abonará el expresado Sr. como salario mensual la cantidad de diez bolivianos, *advirtiendo que queda obligado a proporcionarme en todo el tiempo de duración de este contrato buena y suficiente alimentación, fuera del salario, y en caso de enfermedad a proporcionarme todos los medicamentos y asistencia médica, sin que se me cargue en cuenta los gastos de transporte de ida y de regreso, en todo el tiempo de la duración del presente contrato*. Fenecido el tiempo anteriormente estipulado, mi patrón me dará pasaje fluvial, para regresarme a mi domicilio, o bien me abonará una prima de cien bolivianos, siempre que sea mi voluntad continuar a su servicio en el Beni y renovar mi contrato, *pero de ninguna manera y por ningún motivo me pasará a otro patrón a pretexto de deuda*. Si al vencimiento del expresado tiempo

estipulado, resultará a deber a mi patrón, lo pagaré en dinero o con mis servicios, es decir, el pasaje fluvial o regreso terrestre o la prima de Bs. 100 y previa celebración de un nuevo contrato. Mas en caso de que resultare a deber y no quisiese continuar a su servicio ni comprometerme con otro patrón, a mi regreso en esta Capital le abonaré el dinero que se reputa como simple deuda y no como obligación de trabajo. Declaro recibido como anticipo a cuenta de este contrato la cantidad de 19 Bs., que se reputa cargada a mi cuenta de salarios sin que yo admita como tal otras cantidades que haya abonado mi patrón, porque la misma ley las califica como simple deuda.

Me comprometo a no abandonar a mi patrón durante mi compromiso y siempre que se venza en el término el trayecto de viaje se me los días excedentes a razón del sueldo [ilegible] venido hasta llegar a algún punto [¿dónde hayan?] autoridades para renovar el contrato, determinar sobre mi regreso, y a su fiel ejecución, me someto a todas las leyes civiles y policiales del caso.

Yo José Neiva mayor de edad domiciliado en esta v(vecindad) en el Beni, casado, de libre voluntad, aceptó las condiciones expresadas por María Manuela Salvatierra y me comprometo cumplirlas al pie de la letra y además darle [¿trimestralmente?] una libreta del movimiento diario en su cuenta corriente, para su seguridad, confrontación referida por el artículo 5 de la ley de 16 de noviembre de mil ochocientos noventa y seis y a su fiel ejecución y en caso de faltar a todo me impongo la multa pecuniaria de bolivianos cuatrocientos, abonable a requerimiento de cualquiera autoridad, ante quien ocurra dicha Salvatierra para cuya seguridad le [ilegible] una copia testimoniada de este contrato.

En fe de lo cual así lo decimos y otorgamos a la junta de enganche, compuesta del Sr. Fiscal... [documento incompleto]⁴¹.

Sin embargo, en definitiva, que las mujeres sean contratadas para trabajar en algún puesto de la industria de la goma es en algún punto esperable. Más sorprendente es que encontremos pruebas de que podían ser a la vez proveedoras de mano de obra, al oficiar de mediadoras o intermediarias entre el enganchador y algún pariente suyo. Por ejemplo, encontramos otro tipo de contrato en el

41 MHSC FP 3/130-68: 12-12v; resaltado nuestro.

que una mujer da a su hijo en “enganche” para ir al Beni por dos años, firmado por el mismo enganchador cruceño, José Neiva. Acordado en 1898 entre Juana Engracia Barba y el propio Neiva en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, a nombre de su hijo Fermín Chávez (19 años), el contrato estipula esta vez un período forzoso de dos años en Riberalta o los ríos adyacentes para trabajar en calidad de picador de goma o en cualquier otro quehacer que sea necesario. Se le abonarán a Fermín 20 bolivianos –dicho sea de paso: el doble de lo que recibe María Manuela como cocinera–, un anticipo de 50, y constan en el documento las mismas obligaciones y condiciones generales sobre alimentación, traslado y medicinas. A diferencia del contrato previo, en este caso se estipula una multa de 100 bolivianos en caso que el muchacho huya del servicio antes del lapso de tiempo establecido –como era frecuente en el Beni–⁴².

Señor Notario de hacienda.

Sírvase extender en los Registros de su cargo una escritura pública de obligación, en la que conste que yo Juana Engracia Barba, de este vecindario, *mayor de edad, casada, de mi libre y espontánea voluntad, he celebrado un contrato por mi hijo menor, llamado Fermín Chávez, de 19 años de edad, quien se compromete a servirle a trabajos de goma en calidad de picador o cualquier otro trabajo al Sr. José Neiva, entre este departamento y el pueblo de Ribera-Alta [Riberalta] o sus ríos adyacentes por el término forzoso de dos años, contados desde la fecha de firmado este contrato, y por cuyo servicio le abonará como salario mensual la cantidad de 20 bs.* Advirtiendo que queda obligado a proporcionarle buena y suficiente alimentación y todos los medicamentos y la asistencia médica, sin que se le cargue en cuenta los gastos de viaje de ida y de regreso en todo el tiempo de la duración de este contrato. Fenecido el tiempo anteriormente estipulado su patrón le dará pasaje fluvial o terrestre para regresar a su domicilio, o bien le abonará una prima de cien bolivianos, siempre que sea su voluntad continuar a su servicio, pero de ninguna manera lo pasará a otro patrón a pretexto de deuda. Si al vencimiento del tiempo estipulado, resultare a deber a su patrón, le pagará en dinero o con mi servicio, pero siempre que este cumpla la condición anterior de la prima de 100 bolivianos. Mas

42 Como dato de interés, la mujer también aclara que cuenta con el aval de su marido (¿Federico?) Barba, que suscribe su firma en la parte inferior del contrato. Por la diferencia entre el apellido del muchacho enganchado y del esposo, podríamos entonces pensar que el segundo no es progenitor del primero, pero no contamos con ninguna certeza al respecto.

en caso de que no [quiera] continuar con él, tendrá la obligación de regresarlo a esta ciudad [sin] costo o darle el importe del pasaje fluvial o terrestre para que él por su cuenta se haga conducir a esta ciudad. [Esta] *condición además, en caso de incumplimiento, queda penada con la multa pecuniaria de Bs. 500, así como de las demás cláusulas del contrato. Confieso que mi hijo ha recibido el anticipo de 50 Bolivianos que se reputa cargado a su cuenta de salarios; quedando obligado a darle una libreta del movimiento de su cuenta que le hará trimestralmente.*

Yo José Neira, de este vecindario y mayor de edad, acepto las condiciones ... impuestas por Engracia Barba, quedando comprometido a todas las condiciones *y advierto que en caso de que el menor se fugue de mi servicio, violando este contrato, me pagará Bs. 100 como gasto o clausula penal para los efectos consiguientes.*
Federico Barba

En fe de lo cual así lo decimos ante la junta de enganche compuesta del fiscal Sr. Justiniano Soverón y el munícipe Aurelio Jiménez y notario de hacienda, antes quienes firmamos [este] contrato.

Santa Cruz, Diciembre 31 de....

A ruego de Engracia Barba y en constancia de que la autorizo, lo hago yo su esposo Federico Barba

[Firmado] José Neira; Justiniano Soverón; Aurelio Jiménez.

Tristán Quevedo, Notario de hacienda⁴³.

Pero hay, todavía, un tercer tipo de agencia femenina que resulta particularmente refractaria a ser reportada en las fuentes documentales y que resulta todavía más sorprendente. Volvamos por un momento a la anécdota anteriormente referida del ingeniero Craig. Cuando relata su visita a una barraca, Craig anotaba que “la esposa de Arauz” estaba en Caldeirão do Inferno, “la esposa de Mercado” con él en San Antonio, y “la esposa de Oyola” también estaba ausente. E inmediatamente agrega: “por hallarse en un viaje largo y tedioso para visitar amigos y conseguir peones”⁴⁴. En efecto, por las razones que fueren, es extremadamente infrecuente encontrar referencias al papel de la mujer como enganchadora. Sin embargo, lo cierto es que esto puede comprobarse asimismo

43 MHSC FP 3/130-68: 13-14; resaltado nuestro.

44 Craig 1907: 252.

por medio de las fuentes históricas, y aparecen documentos que no sólo registran la participación indirecta o como intermediarias de las mujeres a la hora del reclutamiento de mano de obra para la industria gomera, sino incluso casos de participación activa en los enganches, con contratos que demuestran que eran empleadas pero también patronas. Es por el ejemplo el caso de Virginia Ruiz que, en su papel de enganchadora, firma contratos con otras dos mujeres de Santa Cruz de la Sierra para ir al Beni (Riberalta o Villa Bella). En primer lugar, con Guadalupe Montero, soltera y mayor de edad, que se compromete a un año de trabajo forzoso como planchadora y lavandera por un jornal mensual de 5 pesos. La segunda trabajadora es Polonia Banegas, también soltera, mayor de edad y residente en la misma ciudad: Polonia se emplea como cocinera por el lapso forzoso de un año y con un sueldo de 12 pesos mensuales. En general, como veremos, a grandes rasgos los contratos firmados por mujeres siguen el mismo modelo que los consignados anteriormente y por eso solamente transcribimos las partes que son distintas:

[1897?] Sr. Notario de Hacienda

Sírvase extender en el Registro de su cargo, una escritura por la que se conste: que yo Guadalupe Montero, soltera, mayor de edad, lavandera y planchadora, de mi libre y espontanea voluntad me comprometo con la Sra. Virginia Ruiz en calidad de enganchada, a prestarle mis servicios como planchadora y lavandera en Villa Bella o Riveralta, por el término de un año a contar desde la presente fecha del contrato, por cuyo servicio me abonará dicha Sra. cinco pesos mensual. Admitiendo que queda obligada la Sra. Ruiz a proporcionarme en todo el tiempo que dure mi compromiso a darme buena alimentación, asistencia médica y los remedios precisos, fuera del salario que me corresponde. No podrá hacerme ningún cargo con referencia de gastos de pasaje comprometiéndose darme este pasaje gratis mientras dure el contrato. Fenecido el contrato dicha Sra. me proporcionará el pasaje para mi regreso, sin que por esto se me cargue en cuenta o bien la suma de cien bolivianos para mi regreso a mi domicilio, sin lugar a pasarme a otro patrón so pretexto de deuda. Si al vencimiento del expresado contrato resulte a deber lo pagaré con mi servicio personal o con dinero según las circunstancias, celebrándose un nuevo contrato ante la autoridad competente. Si resultase a deberle y quisiere pasar a otro patrón le será satisfecha la deuda en el acto.

Por lo que he recibido la suma de cuarenta bolivianos. *En caso de faltar a nuestro compromiso nos imponemos una multa de cien bolivianos.*

Yo Virginia Ruiz, acepto en todas sus partes el presente contrato y me comprometo a darle fiel cumplimiento en todas sus cláusulas⁴⁵.

[1897] Año de 1897. Señor Notario de Hacienda

Sírvase extender en los registros a su cargo una escritura pública de contrato en la que conste: que yo Polonia Banegas, soltera, mayor de edad y cocinera de mi libre y espontánea voluntad me comprometo con la Sra. Virginia Ruiz en calidad de enganchada a prestarle mis servicios como cocinera y atender otros oficios domésticos en Villa Bella o Riberalta (Rio Beni) por el término forzoso de un año a contar desde la fecha de firmado este contrato, por cuyos servicios me abonarán dicha Señora doce pesos mensuales. Advirtiéndose que queda obligada la Sra. a proporcionarme en todo el tiempo que dure este contrato una buena y suficiente alimentación fuera del salario que me corresponde y en caso de enfermedad darme los medicamentos necesarios y asistencia médica sin que por esto se me cargue en cuenta ni los gastos de transporte de ida y de regreso en todo el tiempo que dure el contrato [...]

Declaro haber recibido como anticipo la suma de (58) cincuenta y ocho bolivianos cincuenta centavos. Me comprometo de mi espontánea voluntad a abonar una multa de cien bolivianos en caso de fuga, la misma que queda extendida a la Sra. Ruiz en caso de faltar al compro[miso?]⁴⁶.

Como resulta evidente, este tipo de documentos no sólo resulta crítico al permitirnos conocer comparativamente, de primera mano, nombres, apellidos y proveniencia de los trabajadores, modalidades salariales, montos, anticipos, tiempos y condiciones generales de la contratación. Publicados por primera vez en el marco de los estudios de la industria gomera, además, estos contratos firmados por mujeres –en calidad de empleadas, intermediarias y también empleadoras– constituyen una fuente histórica de primer orden, hasta ahora desconocida, que enriquece y complejiza sustancialmente nuestro conocimiento de la explotación extractiva en Bolivia.

45 MHSC FP 4/143-50: 1-2; resaltado nuestro.

46 MHSC FP 4/143-50: 1-2; resaltado nuestro.

Fig. 21. Cuadro comparativo de contratos de enganches
(Elaboración propia a partir de documentación del MHSC FP)

Nombre y Apellido	Procedencia	Trabajo	Tiempo forzoso	Pago mensual	Anticipo	Lugar del trabajo	Firmado por
Fermín Chávez	Santa Cruz de la Sierra	Picador de goma	2 años	20 bol.	50 bol.	Riberalta (ríos adyacentes)	Juana Engracia Barba / Federico Barba/José Neiva
María Manuela Salvatierra	Santa Cruz de la Sierra	Cocinera	1 año	10 bol.	19 bol.	Riberalta	Ma. Manuela Salvatierra/ José Neiva
Guadalupe Montero	Santa Cruz de la Sierra	Lavandera y Planchadora	1 año	5 bol.	40 bol.	Riberalta o Villa Bella	Guadalupe Montero / Virginia Ruiz
Polonia Banegas	Santa Cruz de la Sierra	Cocinera	1 año	12 bol.	58 bol.	Riberalta o Villa Bella	Polonia Banegas / Virginia Ruiz

Mujeres notables

Tal vez menos invisibilizado pero igualmente difícil de rastrear debido a su escasez cuantitativa, en la documentación del período gomero aparece otro tipo de mujer que se involucra de una forma distinta con la maquinaria extractiva. Podemos encontrar en las fuentes, así, viñetas casi siempre laudatorias de las mujeres de la alta sociedad gomera, a la que pertenecen ya no por un vínculo laboral sino por relaciones maritales o familiares. Nos referimos, en otras palabras, a las compañeras, parientes y esposas de los grandes caucheros. Las noticias de la época las describen mayormente desligadas de la rutina extractiva, viviendo en la ciudad, en la sede de la empresa o a lo sumo en la barraca central, encabezando un apretado calendario de eventos sociales como recepciones, bautismos o bailes de Carnaval: los casos emblemáticos son los de Lastenia Franco, pareja de Antonio Vaca Díez; de Judith Arias, esposa del todopoderoso Nicolás Suárez, o de sus propias hijas Esperanza o Lutgarda⁴⁷. En algún caso, incluso, algunas de ellas se dedican con entusiasmo a la actividad cultural, como en la fundación de la *Revista Moderna*, editada por Judith Suárez de Solares en Cachuela Esperanza, con mayoría de contribuciones de la propia editora o bien de las escritoras Luisa R. de Céspedes o Casta Chávez de Sierra⁴⁸.

Esa intensa vida social de las mujeres eminentes se encuentra bien reflejada en tres textos que analizaremos a continuación, que tienen el valor común de introducirnos a la vez a una última clase de mujeres: las que están ligadas de una u otra manera con la nueva aristocracia económica, política y social que se conformó durante el auge de la goma elástica y que, por diversas razones, escriben e incluso publican textos sobre el mundo gomero.

47 Para mayores referencias biográficas a las mujeres de la familia Suárez, ver Fifer 1970 o Córdoba 2015a.

48 No consideramos aquí a las escritoras benianas que comienzan a escribir en la década de 1930 para la *Revista Moxos*, impresa en Trinidad y editada por Félix Sattori Román. Algunas de ellas ya habían publicado algún texto en la mencionada *Revista Moderna*. Se trata de contribuciones esporádicas como las de Lola de Sierra Chávez, María Valentina Méndez, Carmen Silva, Carola Rosperi, Ninfa Basadre de Gutiérrez, Lucila de Pérez Díaz, Leonor Ribera Arteaga o Carmela de Tejerina, que versaban sobre temas culturales como cuentos regionales, efemérides, educación o música.



Fig. 22. Emilia Bickel de Hecker, Adela de Sonnenschein y otras mujeres en Carnaval. Riberalta, principio de siglo XX

(Archivo privado Hecker Rojas, Riberalta, álbum n° 5)

Uno de los escritos más conocidos de inicios del siglo 20 es el libro de la norteamericana María Robinson Wright sobre su viaje a Bolivia en 1906, y publicado un año más tarde. Robinson Wright nació en 1853 y murió en 1914. Afiliada a varias sociedades científicas, se trata de una escritora de cierto renombre luego de quedar viuda en 1886, cuando firma un contrato por tres años con la revista *Sunny South* como corresponsal de viajes, y luego realizar la misma tarea para el *New York World*, con lo cual gana fama como la mujer que atravesó tres veces Sudamérica viajando 2.000 millas en mula por México y Bolivia. Es, por lo tanto, reconocida como una de las fundadoras del periodismo turístico, lo cual le permitió recorrer diversos países de América como Brasil, Bolivia, Chile, Perú y México.

El libro que Robinson Wright publica en 1907 está dedicado al presidente de Bolivia, Ismael Montes, y de sus 450 páginas solamente las últimas 60 están dedicadas al Oriente boliviano: Santa Cruz, el Beni y el entonces llamado Territorio Nacional de Colonias. El relato dibuja la usual mirada de la Bolivia canónica: un país andino-centrado que busca atraer fundamentalmente a los capitales de la minería dedicados a la plata, el estaño o el cobre, y para ello se resalta el potencial de ciudades como La Paz, Cochabamba o Sucre. Promocionando su experiencia como “un viaje a mula de 1.000 millas”, Robinson Wright emprende la travesía

—no obstante— en diligencia, y así recorre las ciudades más importantes de la Bolivia andina. Una de las principales diferencias con respecto a otros textos femeninos de la época es que se trata claramente de una obra de propaganda: la autora es apoyada por el propio gobierno boliviano, que la guía en sus excursiones y le brinda asistencia logística, y en cada punto del recorrido es recibida por las máximas autoridades políticas, sociales e industriales del país. Su descripción evoca las actividades filantrópicas de las mujeres de políticos y representantes de la época como la señora Bethsabé de Montes, esposa del presidente; Hortensia de Pinilla, esposa del ministro de Relaciones Exteriores, o bien Aida Gainsborg, esposa de José María Aguirre Achá, y resalta su contribución a hospitales, asilos y talleres de costura.

[Sucre] Recepciones, *soirées*, pícnicos y un gran baile que se distinguió por tanto esplendor como si hubiera tenido lugar en una capital europea, fueron los más notables agasajos brindados a las visitantes [la señora Wright y su secretaria], quienes al partir fueron escoltadas hasta la primera posta por el distinguido prefecto doctor Julio La Faye y un acompañamiento de los principales sucrenses, que les ofrecieron un suntuoso almuerzo de despedida⁴⁹.

El sesgo andino de Robinson Wright apenas se diluye en la última parte del libro, cuando dedica unas cuantas páginas al Beni y a la industria del caucho, por más que todo deja suponer que lo hace basándose fundamentalmente en material de segunda mano. Lo mismo se desprende de las fotografías que utiliza para ilustrar su recorrido, muchas de las cuales son las típicas imágenes que por entonces circulaban de forma anónima en álbumes de viaje o bien como tarjetas postales.

Publicado hace pocos años luego de pasar un largo tiempo en custodia de dos nietas, el segundo texto que debemos considerar es el diario de viaje de Amelia Toledo Suárez de Roca. Según las propias editoras, esta autora cruceña se destaca por sus inclinaciones literarias y escribía notas de prensa, poesías y traducciones de escritores franceses e ingleses. Ella también queda viuda en 1897 y entonces se traslada hacia Buenos Aires (donde muere en 1938) junto con sus hijas menores, mientras que los mayores se quedan con familiares en Santa Cruz de la Sierra. La publicación transcribe la bitácora de su viaje de 1894 junto a su marido Crisanto Roca Toledo, en el cual ambos parten de Santa Cruz hasta París pasando por Buenos Aires y Asunción⁵⁰. La conexión —una vez más tangencial—

49 Wright 1907: 232-233.

50 Toledo Suárez 2014 [1894].

con la industria del caucho está dada por afinidad matrimonial, puesto que, junto a sus hermanos, Crisanto era dueño de la sociedad Roca Hermanos, dedicada a la explotación del producto en varias concesiones gomeras establecidas a lo largo de los ríos Beni y Madre de Dios:

El 12 a las cinco de la mañana se notó que el vapor dejó de caminar, virando y retrocediendo para atrás, pero ignorábamos el motivo. A las seis se supo que la parada había sido a consecuencia de que un mozo de los del hotel se había tirado al mar; éste se llamaba Julio, se encontraba un poco enfermo y se supone que estaría delirando. Cuando su compañero lo vio soltarse al agua corrió a dar parte; retrocedió el vapor a buscarlo, pero todo fue en vano, el cadáver no apareció. A las seis y media continuó el vapor su marcha⁵¹.

El tercer texto en cuestión es el libro escrito por Cecil Beaton, en el que el conocido artista británico expone sus memorias y, en particular, rememora la influencia que tuvo en su vida su tía Jessie Sisson, nacida en Inglaterra en 1864, casada con Pedro Suárez Saravia en 1889 y fallecida en 1950. Pedro era sobrino de Nicolás Suárez y cónsul de Bolivia en Londres y Madrid, nombrado por el mismo presidente que agasajaba a Robinson Wright: Ismael Montes. *Uncle Percy*, como lo llama Beaton, y su tía Jessie o Leticia, como la llama su familia política, viajan juntos a Bolivia en 1890. La obra de Beaton reconstruye la vida londinense de la pareja, su viaje inolvidable a Sudamérica –cuando ambos se sumergen en la vida social de La Paz y conocen a la madre de Pedro–, y las juergas e infidelidades del esposo que, más allá del amor a Jessie, tiene una serie bastante extensa de aventuras e hijos extramatrimoniales⁵². Es decir que, cuatro años antes que Amelia Toledo Suárez y su esposo Crisanto, la pareja realiza el viaje inverso, desde Europa a Bolivia, para vivir la faceta más glamorosa de la era extractiva y gozar de los beneficios de pertenecer a la aristocracia gomera.

El principal interés de la historia es que, cuando Jessie fallece a los 85 años, Beaton hereda una pequeña libreta negra de unas cien páginas escritas a mano, con fecha del 26 de junio de 1890, y el siguiente título: “Un viaje a Sudamérica”. En esas páginas Jessie había recopilado una serie de observaciones, viñetas y entradas sobre su viaje desde Westmorland hasta Trinidad. Si bien en numerosas ocasiones la importancia del testimonio queda condicionada porque Beaton intercala los recuerdos de su propia infancia junto a los de aquella tía excéntrica y su marido, el final del libro permite que aflore al menos parte de

51 Toledo Suárez 2014 [1894]: 135.

52 Beaton 1971.

la propia voz de Jessie, que en ese pequeño diario improvisado vuelca algunas de sus observaciones y pensamientos. Las anotaciones retratan la vida social en Bolivia, los nombres y apellidos de las mujeres a las que frecuenta y, sobre todo, el ambiente europeo de las grandes ciudades que permitía el auge portentoso de la bonanza gomera:

Olvidé mencionar el Carnaval de Año Nuevo en Santa Cruz, siendo una de las fiestas más agradables del año entero. Varias semanas antes, las mujeres cosen sus disfraces. Ya que no hay modistas profesionales, la necesidad hace que uno se ponga a trabajar. Nosotras (Elisa, Zoraida Suárez, etc., y yo), hicimos doce vestidos sin gran valor, pero bastante bien cortados y adornados con cintas, mientras que los hombres, dándose igual trabajo que las damas, estaban ocupados comprando los materiales más bonitos (mayormente terciopelo) para los disfraces elegantes. Finalmente, el curso comenzó. Había “sociedades” de distintos colores, tales como la Sociedad Vicaria, con todos vestidos de blanco y sombreros altos puntiagudos, luego la Comparsa de Vestidos de Noche de Dril, en dril blanco puro, con sombreros de ópera [...] encabezando la sociedad en la que todos caminaban en tropas compuestas por entre doce y dieciséis hombres⁵³.

Lamentablemente, las hojas transcriptas del diario de la tía Jessie son escasas y el lector queda rumiando con sabor a poco. Tal como en los casos de Robinson Wright y Toledo Suárez, la conexión del testimonio de las mujeres con la industria cauchera parece más bien tangencial e indirecta. Sin embargo, con todos sus problemas, lo cierto es que se trata de los pocos relatos disponibles escritos por mujeres sobre la era de la goma elástica en Bolivia.

Una cronista del caucho

La excepción más significativa que confirma la regla de la masculinización del mundo cauchero es, sin dudas, la narrativa de Elizabeth “Lizzie” Hessel. La joven muchacha británica parte hacia Bolivia junto a su esposo Fred para administrar una barraca de Antonio Vaca Diez en el río Orthon⁵⁴. De 1896 a 1899, cuando muere de malaria con apenas 30 años, Lizzie escribe regularmente cartas a su familia en Londres, que luego serían editadas por un pariente, publicadas como libro en 1985, e incluso darían origen a un film de la BBC publicitado como “La

53 Beaton 1971: 119-120.

54 Morrison, Brown y Rose (eds.) 1985. Anne Brown es la sobrina nieta de la protagonista y quien encontró las cartas que componen el texto en el desván de su casa familiar.

primera mujer europea en remontar el Amazonas”⁵⁵. Durante tres largos años, la autodenominada “Reina del Orthon” describe en sus cartas la jornada laboral del caucho, las epidemias de fiebre, o la necesidad de mantener una rutina social con bailes, música y champagne francés en medio de la selva. Pero también reporta los castigos corporales a los trabajadores, o la forma exacta en que se compran y venden cotidianamente los sirvientes⁵⁶.

De los escritos de Lizzie nos interesa destacar varios puntos. En primer lugar, su descripción descarnada de la maquinaria gomera. Comentando su estancia en Mishagua, la sede de Carlos Fermín Fitzcarrald, el célebre socio peruano de Vaca Díez, Lizzie reporta la forma en la cual él y su esposa gobiernan con mano firme la barraca y sus intermediaciones. En un episodio particularmente notable, unos nativos que trabajan picando goma son atacados por otros “indígenas salvajes”; los trabajadores caucheros atrapan a dos de los atacantes –una mujer con una herida de flecha en el pecho y un hombre con un disparo en la pierna–, los llevan a la barraca y los matan. En otra ocasión, Lizzie observa cinco canoas que abastecen a la barraca y remontan los ríos cercanos hasta las tribus más pequeñas, en las cuales capturan niños que luego son vendidos como esclavos:

Tres de los esclavos de esta casa, dos niñas y un niño, escaparon hace poco, pero los cazaron y los trajeron de vuelta. Los encadenaron esa noche y al día siguiente los golpearon hasta que quedaron tan agotados que no lloraron más, con la señora Fitzcarrald mirando todo el tiempo. Es una bestia: estaba tan enferma que tuve que salir de la casa. Ahora los encadena todas las noches a su cama. Ella misma golpea a todos sus sirvientes aproximadamente una vez a la semana⁵⁷.

Se trata de una de las contadas ocasiones en las que Lizzie expresa por escrito su malestar por el maltrato a los indígenas. De hecho, cuando llega a la barraca y tiene ya a “sus” propios sirvientes nativos, el tono narrativo cambia sensiblemente:

Tomo mis comidas en la otra casa y doy largos paseos por la selva con la señora Arnold, siempre con dos indígenas que llevan algo para beber, y tengo dos muchachas indígenas que duermen en mi cuarto. Fred quiere comprarme una pequeña muchacha salvaje; son

55 Proyectada en 1986 por la BBC, la serie para la televisión inglesa se llamó *Lizzie: An Amazon Adventure*.

56 Para una traducción al castellano con información adicional sobre Hessel y una contextualización actualizada de su obra, véase Córdoba 2024.

57 Morrison, Brown y Rose 1985: 71-72.

servientes espléndidas y aquí es la costumbre llevar una siempre contigo, aun si vas a caminar hasta la casa vecina. Al principio son muy problemáticos, pero como regla general aprenden rápido y son muy leales. Por una muchacha de diez o doce años tendrá que pagar unas 10 libras; los muchachos cuestan más⁵⁸.

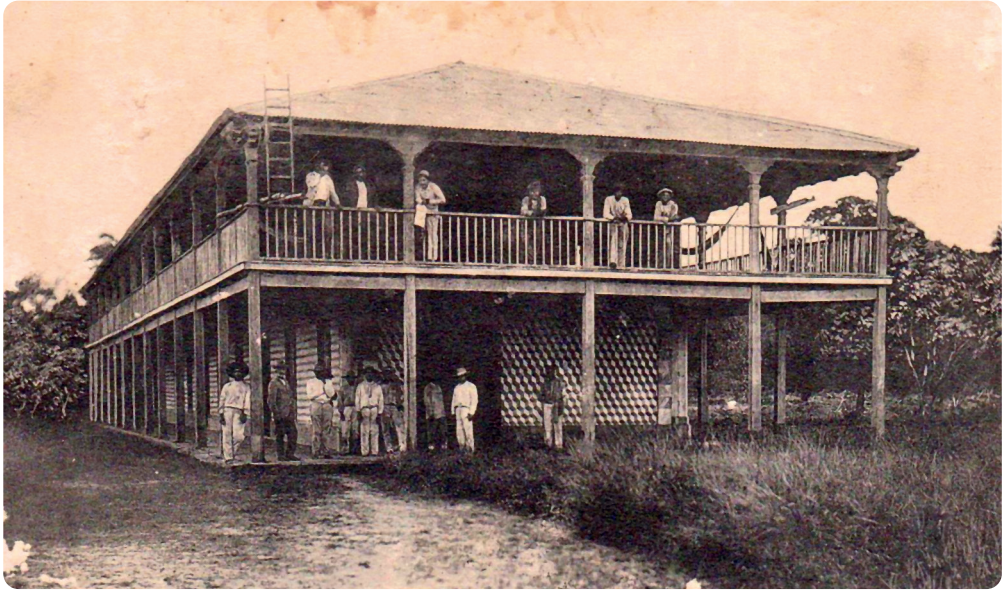


Fig. 23. La casa The Orton Rubber Co.

(Archivo privado Hecker Rojas, Riberalta, postal, sobre n° 1)

Luego de pasar un año y medio en la barraca, Lizzie se describe a sí misma y a su esposo como “el rey y la reina del Orthon”⁵⁹ y, no sin orgullo, informa que cuenta con quinientos empleados bolivianos y otros tantos indígenas a su disposición. La mirada se vuelve entonces más maternalista y, coincidentemente con muchos otros escritos de la época, comienza a describir a los indígenas en la misma sintonía: “son como niños y tengo que escuchar sus pequeños problemas”⁶⁰. Y, cuando habla de los indígenas que se fugan, confiesa que los caucheros les dan cien latigazos porque es el único castigo que temen: “si eres

58 Morrison, Brown y Rose 1985: 110.

59 En efecto, las misivas enviadas desde la barraca en el río Orthon son firmadas por ella como “Queen of Orthon (Bolivia) Rubber” y, en una de sus últimas cartas, comentando la gran cantidad de sus empleados, anota de hecho que “somos ahora rey y reina del Orthon” (Morrison, Brown y Rose 1985: 135).

60 Morrison, Brown y Rose 1985: 135.

amable con ellos, toman ventaja y te roban cualquier cosa”⁶¹. Las de Lizzie, de hecho, no son observaciones aisladas. Muchas de las crónicas y de los relatos de viajes de la época reportan el mismo trato cruel hacia los indígenas barraqueros, con abundancia de uso del látigo o de la *guasca* (cuerda de cuero) tan utilizada en el Beni⁶². Los datos que aporta Lizzie, así, coinciden con otros relatos de la época que nos permiten entrever la singular situación que por entonces se vivía en el Beni:

Un considerable comercio de esclavos se lleva a cabo en estas partes, y una muchacha fuerte y sana cuesta 50 libras. Uno debe comprar todos sus sirvientes; son niños secuestrados, la gente los cría y cuando llegan a los catorce años los venden por precios exorbitantes. Cuando los compras ya son de tu propiedad, y tienen que trabajar tan duro como uno quiere, y si no trabajan bien se les golpea terriblemente. Aun los hombres a veces reciben cincuenta o cien golpes con un palo que corta como un cuchillo, y muy a menudo quedan medio muertos después. Si intentan escaparse se los castiga mucho más que por cualquier otra cuestión⁶³.

El segundo punto importante a considerar en el relato de Lizzie es su descripción de la propia maquinaria extractiva. Las barracas selváticas, muchas veces, no eran meros centros de extracción de goma sino auténticos poblados con sus propias oficinas, depósitos, puertos, talleres, almacenes y hasta hospitales. Las jornadas que describe Lizzie transcurren entre los viajes de Fred a los centros gomeros periféricos para supervisar las cantidades de goma recolectadas, y sus propias actividades rigiendo al mismo tiempo la rutina doméstica en la barraca. Ella se levanta, toma su taza de té, organiza las comidas, juega a las cartas y, si tiene invitados o visitas, organiza las actividades sociales:

Ayer bautizamos una lancha nueva. Todos nos fuimos a navegar y teníamos champagne, etc., y en la tarde tuvimos un baile en una de las habitaciones más grandes de nuestra casa: como orquesta teníamos un acordeón y una flauta, pero lamento decir que solamente éramos cuatro damas (pobres damas). Tuvimos que danzar cada pieza con tres o cuatro caballeros: había cuarenta caballeros⁶⁴.

61 Morrison, Brown y Rose 1985: 136.

62 Ver, por ejemplo, Balzan 2008 [1885-1893], Fawcett 1954 o del Castillo 1929.

63 Morrison, Brown y Rose 1985: 82.

64 Morrison, Brown y Rose 1985: 97.

Las cartas también nos permiten reconstruir al menos parte de la rutina de cada día en el centro gomero. Así, por ejemplo, describen en detalle la dieta disponible: como, cuando hay abundancia de carne fresca y leche, el desayuno incluye chocolate, pan y galletitas y cuando, en cambio, arrecia la escasez, hay que conformarse con bebidas amargas por la falta de azúcar. Por la mañana, luego de la colación, Lizzie toma un baño en su habitación con alguna criada, mientras Fred comienza el día en su oficina de la planta baja:

Tengo un sirviente que tiene su hamaca en el balcón y está a mi disposición el día entero. Limpia mis aposentos, prepara mi baño, etc. Somos como grandes señores; la gente nos trata con mucho respeto. Pienso que tendremos una vida muy placentera aquí y no creo que tengamos que gastar mucho dinero ya que nos dan todo gratis, lavandería incluida. Lo único es que se trata de un país donde se bebe mucho y todo cuesta tanto: una botella de cerveza 10 chelines, una botella de coñac 20 chelines, etc., etc. Pero el agua es muy buena, y hay un manantial muy cerca⁶⁵.

Lizzie refiere además que en el segundo piso de la casa, con el balcón cubriendo toda la planta, hay seis habitaciones, de las cuales dos están reservadas para los Hessel; el resto son oficinas para los empleados, los negocios y los almacenes. Las jornadas barraqueras transcurren por lo general con la esposa del gerente, el señor Arnold, con quien ella pasea, conversa y hasta trata de aprender el castellano. Es la única a la que considera casi como una igual: primero porque está casada legalmente y luego, porque aunque es boliviana, vivió un tiempo con su marido en Alemania y por tanto Lizzie aprecia su educación y su conducta. En algún momento, en cambio, comenta que hay algunas otras mujeres con las que socializa: la esposa del cocinero francés (suponemos aquella con la que viajó desde Europa) o bien la esposa de un capitán. Pero las demás mujeres son trabajadoras y no están casadas “legalmente”, así que Lizzie no ve con buenos ojos confraternizar con ellas:

Dos nuevas damas han llegado últimamente, pero como es común en estas partes, no están casadas, y sus así llamados “maridos” son empleados de la firma. Una de ellas no es mala, pero no puedo ser “amiga” de ellas, o la gente de aquí podría hablar. En estas pequeñas aldeas muy poca gente está realmente casada; quizá un cura pase una vez en un año y tiene demasiado trabajo que hacer: no se trata de estar bautizando, casando y festejando todo el tiempo⁶⁶.

65 Morrison, Brown y Rose 1985: 94.

66 Morrison, Brown y Rose 1985: 119.

Estas líneas son importantes porque constituyen una de las escasísimas noticias referidas por una mujer acerca de las mencionadas concubinas o “esposas del monte” en las barracas gomeras, y confirman las observaciones ya referidas de Ulmer o Leutenegger. Al igual que las mujeres europeas que ejercían la prostitución en Manaos o Belém do Pará, poco o nada se sabe de sus historias de vida. Son, en todo caso, noticias aisladas, verdaderamente difíciles de rastrear, sobre ese tipo de uniones morganáticas en las cuales la mujer tenía una posición social inferior a la de su pareja.



Fig. 24. Indias tacanas, Beni, Bolivia, sin fecha

(Archivo privado Hecker Rojas, Riberalta, postal, sobre n° 1)

Más allá de describir la rutina doméstica, las cartas de Lizzie no dejan de lado la peculiar forma de hacer negocios en una región en la cual no existe más ley que la palabra del empresario, que siempre prima sobre la presencia fantasmal del Estado, y donde rige “la ley del calibre 44”. De esta forma, refiere la forma dudosa en que Vaca Diez consigue hacerse de una gran plantación de goma: el dueño había llegado al Orthon para hacer negocios, es emborrachado por el cauchero y luego encarcelado durante dos semanas hasta que accede a firmar los papeles de venta de su propiedad. Por su parte, la empresa competidora, que quería esas mismas tierras, envió una partida a la zona para tomarlas por la fuerza, lo cual termina provocando un enfrentamiento armado entre ambas firmas.

Un tercer dato interesante en el relato de Lizzie es el complejo problema productivo que supone la obtención de la mano de obra que requiere la industria. En la misma nave en que los Hessel llegaban de Europa, Vaca Diez había embarcado a quinientos inmigrantes españoles para trabajar en sus barracas⁶⁷. Cuando llegan a Belém do Pará, Vaca Diez se topa con problemas aduaneros y la comitiva debe pasar seis semanas en la ciudad antes de continuar hacia Bolivia. Para Lizzie la demora no supone mayores inconvenientes, ya que se encuentra cómodamente alojada en el hotel local, y el único problema que consigna en sus cartas es que pierde a su perro cuando alguien deja abierta por accidente la puerta del alojamiento. Lo cierto es que, entre demoras, hoteles y gastos extras, Lizzie calcula que, al momento de llegar al Orthon, la firma de Vaca Diez ha perdido unas 60.000 libras esterlinas solventando la demora.

Al mismo tiempo, refiere en detalle los continuos problemas que generan los trabajadores. De los quinientos españoles originales, Vaca Diez selecciona cuatrocientos, pero al continuar el viaje hacia Iquitos sigue perdiendo gente⁶⁸. Dos mueren en el viaje al comer fruta inmadura que les da fiebre: “estos españoles son unos imprudentes y nos sorprende que no hayan enfermado más”⁶⁹. Según Lizzie, el viaje transcurre sin grandes problemas, por más que los españoles “siempre nos amenazan con disparar a los seis que cenábamos en la mesa especial”, ya que consideraban que no los alimentan bien y, por lo tanto, todas las noches los británicos deben cenar con dos centinelas armados aunque “no pasaba nada: hacen mucho ruido, pero son unos cobardes”⁷⁰. Palabras más, palabras menos, lo mismo relata Feichtner al recordar que, luego de transcurrir varios días de mal

67 La problemática contratación de Vaca Diez se corrobora con el diario de viaje de Josef María Feichtner, operario alemán contratado por la empresa que viajaba en el mismo barco y comparte gran parte de la travesía de los Hessel. Nacido en Augsburg en 1870, Feichtner consigue a los veintiséis años un contrato para trabajar en Bolivia y su diario manuscrito comienza con la partida en Bordeaux para luego proseguir hasta 1904, cuando se termina de liquidar la Orthon Bolivian Rubber Co. Trabaja en Belém do Pará hasta 1915 como gerente de la filial de la Casa Suárez Hermanos y, en 1934, muere en San Pablo. Según él había 480 inmigrantes españoles en la expedición de Vaca Diez, principalmente catalanes de Barcelona, aunque “además entre ellos había alsacianos, rusos, turcos, griegos y hasta integrantes de la legión extranjera, o sea, había de todo” (Feichtner 2013 [1897-1915]: 13).

68 Nuevamente según Feichtner (2013 [1897-1915]: 17), Vaca Diez intenta compensar la pérdida de los desertores contratando a treinta familias de trabajadores negros, incluyendo a unas 120 personas procedentes de Barbados y Georgetown: “pero pronto se descubrió que esos negros sólo querían ganarse el pasaje, y no pretendían trabajar en los siringales. Su objetivo era un viaje barato hasta los afluentes peruanos del Alto Amazonas o Marañón –como era llamado allá– donde irían a buscar oro”.

69 Morrison, Brown y Rose 1985: 41.

70 Morrison, Brown y Rose 1985: 41.

tiempo encerrados en el compartimento de carga, los españoles comenzaron a planear un motín y los reclamos habían escalado tanto que los caucheros tenían órdenes de arrojarles agua caliente en caso de que continuasen. Para marzo de 1897, cuatro meses después de partir de Inglaterra, lo cierto es que desertan tres cuartas partes de los españoles y la firma intenta reemplazarlos capturando indígenas río arriba: de los cuatrocientos trabajadores escogidos, entre los cuales se cuentan sesenta mujeres y niños, finalmente llega al Orthon tan sólo un centenar. La saga de los elusivos españoles revela que el talón de Aquiles de la industria gomera es, justamente, la escasez de mano de obra, imprescindible para satisfacer la demanda de una producción cada vez más exorbitante. Para desesperación de los empresarios, el problema tiene dos vértices: por un lado, deben conseguir trabajadores, y por otro, al mismo tiempo, necesitan que estos –sean criollos, indígenas o europeos– cumplan con el plazo contractual y salden sus deudas en un escenario siempre complicado como la selva amazónica⁷¹.

La necesidad voraz de mano de obra impulsa la migración nacional, cooptada en Santa Cruz de la Sierra, Sucre o La Paz, y a la vez atrae la llegada de inmigrantes internacionales reclutados en España, Francia, Suiza, Alemania e Inglaterra, como nuestros conocidos Hessel, Feichtner, Ritz o Leutenegger. Sin embargo, el problema insoluble sigue siendo siempre la deserción sistemática de los trabajadores entre el “enganche” del personal, la llegada efectiva a la barraca y el cumplimiento del contrato; y todo eso por no hablar de las inclemencias del clima, del aislamiento, de la mala alimentación, de las enfermedades tropicales y del clima de violencia casi endémica que muchas veces diezma a los trabajadores. Es en ese contexto particular donde el testimonio de Lizzie sirve para documentar la cotidianidad de las formas locales de captación de indígenas para el servicio doméstico o hasta de captura de nativos para vender a otros caucheros: “tenemos unos niños pequeños salvajes en la lancha que han sido capturados unos días atrás. Los tomamos para venderlos en otra aldea”⁷².

Con sus descripciones a veces más empáticas y otras veces más frías, por momentos casi insensibles, las cartas de Lizzie nos permiten reconstruir el cuadro descarnado, repleto de tensiones, tanto de la realidad cotidiana de los centros gomeros como de la reproducción periférica del circuito extractivo: las barracas, los comercios, las oficinas, las plantaciones, la esfera social y la doméstica. Ciertamente, su mirada pone sobre el tapete los sesgos y prejuicios implícitos en la retórica del orden y el progreso, o de la moral paternalista, el sexismo, el clasismo, el racismo y hasta la violencia propios de un extractivismo

71 Córdoba 2015a: 22.

72 Morrison, Brown y Rose 1985: 90.

rapaz. Quizá, en este sentido, sea ilustrativo su desencanto cuando confiesa que no entiende por qué los trabajadores criollos, migrantes e indígenas huyen a la selva y rehúsan el espejismo de “civilización” que les ofrece la aventura gomera, o bien la desesperación de la pequeña niña nativa que come su propia ropa por las noches, acaso una variante de la geofagia que reiteradamente reportan las fuentes de la época entre los trabajadores criollos e indígenas: “creo que les conté que los niños aquí a veces empiezan a comer tierra. Tengo a una niña salvaje de unos cuatro años que come su ropa. Lleva puesto nada más que un pequeño vestido suelto, pero en una noche come grandes jirones de él”⁷³. Con el mismo desapego con que informa que mueren sus loros, monos y perros, Lizzie reporta la muerte de aquella niña que no podía dejar de devorar su propio vestido.

Pero lo que la reina del Orthon tampoco sabía es que su propio turno no estaba lejos. Poco antes de la Navidad de 1899, luego de dos días de fiebre, fallece a su vez en la barraca. La muerte es anunciada el 20 de diciembre de 1899 en el periódico *La Gaceta del Norte*, aunque la noticia tardará todavía dos meses en llegar a la familia Mathys en Inglaterra. Dice el periódico:

Señora Isabel de Hessel

La helada mano de la muerte ha tronchado en flor una preciosa existencia.

Ha dejado de ser la digna esposa del señor Federico J. Hessel, después de breve enfermedad, en la mañana del 18.

Joven aún, la felicidad le sonreía y ni las privaciones ni los sufrimientos de la localidad le arredraban; vivía contenta, alentando al hombre que escogió por su compañero, en su laboriosa vida.

Lejos, muy lejos de los suyos, ¡qué triste debe ser morir!

Su afabilidad y la fuerza de su trato no se borrarán del recuerdo de las personas que tuvieron la suerte de conocerla.

¡Qué inescrutables son los designios de la Providencia!

La que ayer constituía el encanto de su hogar, yace hoy rígida, sumiendo en el más profundo pesar a su esposo.

73 Morrison, Brown y Rose 1985: 90. Ver, por ejemplo, los testimonios sobre la geofagia de Franz Ritz y Ernst Leutenegger en Córdoba 2015a.

Resignación y valor, ¡qué fácil son de pronunciarlas estas palabras y cuán difícil es tenerlas cuando la intensidad del dolor ¡arranca lágrimas de sangre!

Que en paz descansa la esposa modelo de virtudes, y que el bálsamo que fluye de la religión y la filosofía atenúe en algo el justo duelo de su inconsolable esposo⁷⁴.

Poco a poco, la tumba de Lizzie es tragada por la vegetación del Amazonas mientras desaparece cualquier vestigio de aquella existencia glamorosa en la sede central de la compañía. La barraca Orthon cambia de gerente poco después de su muerte y la consecuente partida de Fred. El 25 de abril, cuatro meses después, la misma *Gaceta* publica un aviso firmado por Hessel que comunica al público el traspaso del comando de la barraca a José Feichtner. El cauchero alemán lo confirma en su diario cuando anota “entre 1901 a 1904, en medio de las ya citadas agitaciones en Acre, me fueron delegados plenos poderes como consejero jurídico de la Orton Bolivia Rubber Co.”⁷⁵. Por esas vueltas del destino, se trata del mismo joven Feichtner que había compartido con los Hessel gran parte del viaje desde Europa. Pocos años después, la barraca está en evidente declive y, por más que prosiga el boom de la goma elástica, la empresa del fallecido Vaca Diez enfrenta la decadencia: abandonadas sus instalaciones y con sus activos liquidados sistemáticamente para saldar las inmensas deudas. Nicolás Suárez se asienta entonces como el gran magnate boliviano de la goma y su empresa crece al ritmo de la demanda internacional, hasta absorber la firma de su fallecido primo⁷⁶.

Más allá de las circunstancias puntuales, lo indudable es que las misivas de Lizzie a sus familiares durante sus tres años en Sudamérica constituyen un testimonio de época excepcional. Sin buscarlo expresamente, la jovencita que

74 *La Gaceta del Norte*, año XIII, n° 78, 20 de diciembre de 1899: 4.

75 Feichtner 2013 [1897-1915]: 53.

76 Sagárnaga evoca la ruina del emporio de Vaca Diez: “bajamos el Beni, llegando a las 4.40 al barracón Orthon, reliquia de antiguas grandezas, obra de las concepciones fantásticas del señor Vaca Diez, que tan tristemente falleció ahogado en uno de los afluentes del Purús, en el Ucayali, al poco tiempo de haber vuelto de Europa, conduciendo aquella remesa de inmigrantes españoles que labraron su ruina. Hoy no quedan sino los despojos de esos tiempos, en que se manejaban las libras por montones y todo en poder del señor Suárez, encargado de la liquidación de la compañía Orthon, en su calidad de principal acreedor. El barracón Orthon es la más soberbia casa que existe en el Beni y que podría lucirse en cualquier capital. El tiempo va encargándose de la destrucción de esa gran obra” (Sagárnaga 1909: 63). Cuando Morrison filma su película sobre Lizzie en la década de 1980, procura inútilmente identificar su tumba y tan sólo encuentra otras lápidas cubiertas por la vegetación.

llegaría a reinar en la barraca en el Orthon echa luz sobre su propia vida y, a la vez, nos ayuda a recrear el contexto social, político, económico, geográfico y también étnico en el que transcurre sus últimos años. Más allá de su mirada por momentos distante, debida en parte a la época, en parte a la famosa flema británica, y en parte –por qué no– a la propia personalidad de Lizzie, las impresiones que deja en sus cartas nos regalan uno de los pocos archivos femeninos de un período crucial para la historia amazónica. Se trata, en efecto, del único relato formulado desde el punto de vista de una mujer –realizando, de algún modo, la agencia femenina en un mundo de hombres–. Y no solamente por haber sido escrito por la mano de una mujer, sino por no haber sido reescrito o filtrado por la intermediación masculina.

Palabras finales

La primera conclusión que se desprende de los documentos del período es que no hay “una mujer cauchera”, o una mirada unívoca sobre ella, sino que más bien se trata de una serie de categorías móviles, difusas, opacas, en parte contradictorias, siempre fragmentarias y de difícil acceso. Para complicar las cosas, la categorización de género suele solaparse con las diferencias sociales de la época, así como también con las distinciones raciales y las pertenencias étnicas. No podemos hablar, entonces, de “una mujer” de la era gomera sino tal vez de tipos de mujeres, de mujeres particulares o, a lo sumo, del abanico de las experiencias femeninas de la era del caucho, en las cuales lo social, lo étnico, lo político, lo económico, lo nacional y lo global se manifiestan en capas sucesivas de identidad que a veces se superponen y otras veces se nos presentan en tensión: no es lo mismo, de hecho, una joven mujer europea que llega a Bolivia como cónyuge de un operario inglés que una joven indígena que vive en concubinato con un trabajador mestizo, o una joven criolla que asciende socialmente al casarse con un empresario próspero que una indígena que guía las expediciones de exploración en un ambiente peligroso y hostil como la selva amazónica.

Al releer con atención las fuentes históricas, al fondo del escenario gomero, retratada de forma oblicua, lateral, a veces descuidada, alcanzamos a vislumbrar no obstante a toda una gama de mujeres que participan del esfuerzo extractivo como picadoras que acompañan a sus parejas a la selva a recolectar el látex, como tejedoras, cocineras, lavanderas o bien como personal doméstico que cuida los pequeños detalles de la domesticidad de las barracas –lo cual, en definitiva, parece más previsible–, o también como comerciantes o incluso hasta vendiendo su cuerpo; pero asimismo, tal como advertimos en el informe de Craig, encargándose eventualmente de un proceso tan fundamental como el reclutamiento de la mano de obra. En efecto, los contratos laborales que aquí

transcribimos son una prueba contundente de los diversos grados de inmersión de la mujer en la maquinaria extractiva: la trabajadora gomera es enganchadora, intermediaria y enganchada, es cocinera y también patrona. Se trata, en todos los casos, de papeles necesarios y funcionales al esfuerzo extractivo.

Esta variedad de agencias femeninas nos obliga a dejar de lado el sesgo paternalista que suele caracterizar al mundo de lo femenino. Por diversas razones históricas que aquí no cabe desarrollar, la feminidad por lo general se asocia con la bondad, la maternidad, la naturaleza, el mundo interior y doméstico, y esa mirada paternalista tiñe a la experiencia femenina de un matiz pasivo que diluye casi por completo la agencia –y por qué no, cuando cabe, la responsabilidad– de las mujeres en el universo extractivo. Pero las fuentes nos muestran que las mujeres se aprovechan tanto como los hombres del vértigo extractivo: subsisten, sobreviven, pero también ganan dinero, status, fama, o les dan sentido a sus vidas. Por lo tanto, es imperativo comenzar el análisis dejando cualquier ingenuidad interpretativa de lado y comprender que las propias mujeres no eran ajenas en modo alguno a la lógica extractivista que articulaba la experiencia gomera.



Fig. 25. Casa Ruíz, Rurrenabaque, postal sin fecha
(Colección privada <https://www.facebook.com/Historiasdebolivia>)

Sin negar entonces las contradicciones y las paradojas de ese juego de luces y sombras, el examen de las fuentes históricas nos invita asimismo a pensar a la mujer cauchera como un actor social inmerso en un continuo de relaciones que lo objetivan⁷⁷. En el circuito eterno del crédito que rige la lógica extractiva, la *siringuera* pica goma para descontar la deuda de su cónyuge e incluso, si queda viuda, debe asumir como propia la deuda del esposo⁷⁸. Y no sólo eso sino que, como nos permiten comprender los contratos en los casos de María Manuela y de Fermín, muchas veces obtienen la mitad de la retribución por el mismo trabajo. Sabemos, además, que eran realmente pocas las mujeres que de una u otra manera lograban eludir el penoso “encuentamiento” que solía condenar a los trabajadores nativos y extranjeros a una deuda casi endémica. Tratada entonces alternativamente como objeto, como propiedad y hasta como mercancía; retribuida de forma diferencial; referida como “amante”, “sirvienta”, “manceba”, “odalisca”, “india horizontal”, “esposa del monte” y hasta en algún caso como “esclava”, no es raro que la mujer cauchera sea casada, comprada y vendida –y, si hemos de creer a Franz Ritz, hasta jugada a las cartas–. Tal como vimos, incluso un observador descarnado como Leutenegger no tiene pudor alguno al evocar cómo pagó la deuda de su cocinera Rosalía para “liberarla” e involucrarla desde entonces una relación íntima en la barraca. Y sabemos, por relatos como el de Fawcett, que incluso las mujeres europeas corren el riesgo de ser “moneda de cambio” o de ser usadas por sus maridos para saldar deudas de juego⁷⁹.

En el mejor de los casos, las crónicas gomeras sugieren que la mujer puede aspirar a una existencia tranquila cuando algún cauchero paternalista la “empareja” con un trabajador que paga sus deudas, la mantiene y no la maltrata; o bien cuando aspira a cierta autonomía si llega –tal como en los casos de Espíritu, Rosalía o la propia Lizzie– al admirado estatuto de “patrona”, con lo cual la jerarquía, el abuso y el maltrato no desaparecen sino que se proyectan (o en todo caso se desplazan) hacia el resto de los trabajadores. Al intentar reconstruir la participación de las mujeres en la industria cauchera, por tanto, podría ciertamente hablarse de “grados”, “niveles” o “contextos” de agencia femenina. De hecho, la variedad de los destinos de las mujeres se relaciona con su trabajo, con su condición de clase, etaria y étnica, con su nacionalidad y su estatus marital: es obvio que Espíritu y menos aún Lizzie Hessel no son lo mismo que una trabajadora

77 Sería posible, por ejemplo, cotejar la experiencia gomera con los casos descritos en Salazar-Soler y Absi 1998, Absi 2005, Salazar-Soler 2006 o Barragán 2019, a fin de echar luz comparativa sobre la situación femenina en otras modalidades extractivistas del período.

78 Ver, por ejemplo, los testimonios de las mujeres que extraen goma en Ritz 2015 [1934]: 58.

79 Fawcett 1954: 94-95.

anónima explotada, vendida o violada en lo profundo de la selva. Pero en casi todos los casos –la trabajadora, la sirvienta, la amante, la concubina, la prostituta, la esposa–, más allá de las inevitables variaciones, se percibe en las fuentes el denominador común de la posición subordinada con respecto a la del hombre.

Salvo algún caso excepcional, como el de la propia Lizzie –que al menos logra plasmar para la posteridad su propia versión de los hechos–, la mujer cauchera es en la mayoría de los casos un personaje anónimo, marginal, casi invisible, y sigue eludiéndonos al tamizarse su representación documental por la propia mediación del testimonio masculino. Por más que alguna mujer logre llegar eventualmente a transformarse en la “Madame de Pompadour” de la barraca, se trata, ante todo, de una figura construida en genitivo: es decir, definida como “la esposa *de Fred*”, “la amante *de Ulmer*”, “la compañera *de Leutenegger*”. Una persona-objeto que puede ser tratada gentilmente si es afortunada, pero también mal retribuida, maltratada, casada contra su voluntad, abusada, comprada, tomada para todo tipo de favores laborales o sexuales, y que a veces no cuenta incluso de la mínima dignidad de ser identificada. Por lo tanto, al comenzar a reconstruir y visibilizar de una forma más consistente la paleta de los diversos matices de la participación femenina en la industria gomera, la historia de la Amazonía boliviana podrá recalibrar la mirada y, con el tiempo, quizá, contribuir a reparar esa ausencia.